



Sobre Marco Denevi: una semblanza y tres enmiendas

Fernando Sorrentino

[Localice en este documento](#)

Este trabajo se divide en dos partes.

La *Primera parte* se titula “Marco Denevi, prodigioso inventor de mundos ficticios”, fue escrita hacia el año 2002 y contiene algunas informaciones incompletas y/o erróneas.

La *Segunda parte* se titula “Posdata de agosto de 2006, con palinodias, correcciones y precisiones” e intenta salvar y enmendar dichas equivocaciones.

Adelante, pues.

Primera parte

Marco Denevi, prodigioso inventor de mundos ficticios

Un joven desconocido

Hacia fines de 1954 o principios de 1955, las autoridades de la antigua, venerable y ¡ay! ahora extinta Editorial Guillermo Kraft, de Buenos Aires, convocaron, a sus oficinas de la calle Reconquista 319, a cinco ilustres escritores argentinos: Fryda Schultz de Mantovani, Rafael Alberto Arrieta, Roberto F. Giusti, Álvaro Melián Lafinur y Manuel Mujica Láinez.

Aquella dama y estos cuatro caballeros tendrían como misión integrar el jurado literario que otorgaría, a quien mejor lo mereciese, el “Premio Kraft 1955 para la Novela Argentina”.

Concluida la labor de examinar los méritos de ciento once obras, el jurado resolvió, por unanimidad y sin hesitación ninguna, otorgar el primer premio del concurso a la novela titulada *Rosaura a las diez*. Ésta mostraba tal madurez expresiva, tal perfección de construcción, tal riqueza y variedad de lenguajes, tal exactitud y sabiduría en su trama, que los miembros la imaginaron obra de algún colega ya consagrado.

Sin embargo, abierto el sobre que revelaría la identidad del experto narrador, resultó que el nombre del autor de *Rosaura a las diez* era absolutamente ignoto, nadie lo había oído mencionar jamás y no había aparecido nunca ni siquiera al pie de un cuentecito publicado en una revista literaria de aficionados.

Se trataba de un tal Marco Denevi. Cuando se hizo presente, las personas de Kraft no se encontraron con un profeta barbado y extravagante, de pipa, melena y anteojos, disfrazado de “intelectual”, sino con un hombre correcto, tímido y taciturno, de apenas treinta y tres años de edad, que vestía como gris oficinista y que se desempeñaba como abogado en la asesoría letrada de una entidad bancaria.

Poco más tarde de recibir el Premio Kraft, Denevi explicaría:

Rosaura a las diez es mi primer libro; su primer párrafo, mi primer párrafo; la palabra con que comienza, mi estreno como (¿cómo decirlo?), como “ejercitador de las letras” (la expresión es del apócrifo Mairena). La obra nació, conforme lo quería Martí, de un acto de amor. Escribirla fue un quehacer premioso, gozoso, doloroso, sin pausas. Y puro, porque entonces hallaba en sí mismo toda su razón de ser, sin preocuparse por su ulterior destino. Apenas terminado, su goce y su dolor se hicieron irrecuperables y de ambos no sobrevivió sino una transvaloración de orden espiritual. Que tal es, cabalmente, lo que le ocurre a todo auténtico acto de amor.

El perfecto mecanismo de relojería

Según se sabe, *Rosaura a las diez* es una novela estructurada en cinco partes. En cada una de ellas, distintos narradores aportan diversas informaciones sobre los extrañísimos sucesos que tienen como protagonista al inolvidable Camilo Canegato, uno de los personajes -creo yo- física y psicológicamente mejor logrados de la literatura mundial.

La primera parte (declaración de la señora Milagros) y la segunda (declaración de David Réguel) están en boca de sendos narradores que, como testigos, relatan, con sus muy disímiles puntos de vista, los sucesos ocurridos en la hospedería “La Madrileña”, especialmente en los últimos seis meses (desde “aquella mañana en que el cartero trajo un sobre rosa con un detestable perfume a violetas” dirigido a Camilo Canegato).

La parte III se titula “Conversación con el asesino”; adopta la forma de un diálogo teatral puro, sin una sola acotación, entre Camilo Canegato y el inspector Julián Baigorri.

En la parte IV, la risible señorita solterona Eufrosia Morales acude espontáneamente a la policía para ofrecer su propia versión de los hechos, y éstos aparecen bajo la forma del discurso indirecto libre.

Cierra el libro la transcripción literal de una carta inconclusa, carta que se trunca en el punto exacto en que sus últimas palabras cierran mágicamente la novela, como un perfecto mecanismo de relojería.

El lector, después de haber examinado los cinco “documentos” que el autor aportó absteniéndose del mínimo comentario, ahora y sólo ahora (en las últimas líneas), se halla en posesión de *toda* la información necesaria para saber qué había ocurrido *realmente*.

Pues bien, como he dedicado una parte considerable de mi existencia a leer literatura y como yo mismo he publicado muchos relatos y ensayos, puedo afirmar que no me considero un lector ingenuo: hecha esta declaración, confieso mi entusiasmo ilimitado por los méritos de *Rosaura a las diez*.

Ciertas obras, que me interesaron en la primera lectura, no resistieron la segunda; en cambio, ¿cuántas veces he podido releer, con inmenso placer, las peripecias de *Rosaura*? Muchísimas, y siempre encuentro nuevos matices, nuevas sutilezas, detalles antes inadvertidos.

Lo cierto es que *Rosaura* me ha acompañado gran parte de mi vida. Mi primera lectura data del año 1959, cuando yo cursaba el cuarto año del colegio secundario; las últimas son de estos meses de ahora, cuando continúo compartiendo la lectura con mis alumnos del colegio secundario.

Es verdad que la estructura narrativa de *Rosaura* es ingeniosa y brillante. Pero, en realidad, este hecho -puramente técnico- reviste una importancia menor. Lo maravilloso de la novela estriba en que todo lo que se narra en ella resulta, todo el tiempo y a lo largo de todo el libro, *sencillamente fascinante*.

Como en la vida misma, se alternan los niveles de lengua y cada personaje habla exactamente como debe hablar; un rasgo patético nos angustia y los enigmas nos intrigan; de pronto el mejor humorismo nos hace reír de buena gana; las sorpresas y las continuas vueltas de tuerca nos recuerdan, una y otra vez, que la realidad puede tener (y, de hecho, tiene) infinitos rostros, y que ninguna cosa es, en rigor, siempre lo que parece ser.

Los hermanos de *Rosaura*

Pero la obra de Denevi no termina en *Rosaura a las diez*.

Vemos en sus narraciones predilección por los personajes anacrónicos, los ámbitos cerrados, los ambientes atemorizadores, el misterio que suele latir tras las apariencias cotidianas.

Y hay un tema que aparece con una forma y luego regresa, con otro aspecto algo distinto, una y otra vez. Y es el tema de la sustitución de la personalidad. El motivo es central en *Rosaura a las diez*.

Unos años más tarde, Denevi vuelve a ganar un concurso literario importantísimo: el de la revista *Life*, abierto a todos los escritores hispanoamericanos. Su novela -relativamente breve- se titula *Ceremonia secreta* y se publica en 1961. Es una narración con misterios, con alguna reminiscencia gótica de “The Fall of the House of Usher”, de Poe, y con derivaciones policiales; todo esto, en el habitual clima de verosimilitud psicológica y con el exacto final al modo de un teorema. Tampoco aquí las cosas son lo que parecen ser, y hasta se confunden los planos de la vida y de la muerte: una mujer, para todos fallecida, permanece, sin embargo, viva en la mente de su hija.

En 1966 aparece otra novela breve, *Un pequeño café*. Su insignificante héroe es una suerte de *alter ego* del Camilo Canegato de *Rosaura*. Se llama, un poco ridículamente, Adalberto Pascumo, y es tan tímido como aquél y, también como Camilo, su timidez lo impulsa a mentir y a crearse su propio mundo ficticio. Una vez más, Adalberto no es, para las demás personas, quien verdaderamente es.

En *Los asesinos de los días de fiesta* (1972) asistimos a una impostura múltiple: seis extravagantes hermanos, de extraños nombres, se hacen pasar por los únicos parientes de un difunto rico. La mayor parte de la novela transcurre en un clima de maravilloso humorismo que, casi imperceptiblemente, va ingresando en zonas de misterios y desemboca, finalmente, en imprevista tragedia.

Denevi es también un maestro del cuento corto y de las recreaciones literarias. Su libro *Falsificaciones* (1966) constituye una fiesta de la imaginación, el ingenio y el

buen gusto: en estos textos breves arroja una insospechada e insólita luz sobre hechos históricos o literarios que parecían definitivamente fijados.

Hace poco releí el volumen *Hierba del cielo* (1973). Desde luego, ya no soy la persona que fui durante la primera lectura, realizada hace tantos años. Todo el libro es excelente, pero hubo tres cuentos que me dejaron casi temblando de emoción estética, tres cuentos prácticamente perfectos: “Charlie”, “Michel” y “Hierba del cielo”. No pude no decir: “¡Ojalá los hubiera escrito yo...!”.

No es el objeto de esta nota revisar toda la obra de Denevi. Su bibliografía es abundante y variada.

Mi gratitud final

Ocurre que yo no puedo hablar con la presunta “profesionalidad” del crítico que “trabaja” de crítico, esa persona que, acaso odiando la literatura, tiene la desdichada obligación de escribir algún ensayo sobre algún tema cualquiera para cumplir con cierto requisito universitario o periodístico, o, acaso, para congraciarse con tal o cual sector político o económico.

No: éste no es mi caso. Yo soy un lector que se deja llevar exclusivamente por el placer de la lectura. En tal sentido, me encanta que me cuenten historias interesantes, historias donde haya misterios o enigmas, y que yo pueda creer en esos misterios y desee descifrarlos.

Y, cuando esos misterios están relatados según los más estrictos recursos de la verosimilitud, con la máxima riqueza de detalles, con los personajes que manejan el lenguaje adecuado a su situación social; cuando reclaman nuestro interés tantas ideas inteligentes; cuando, aquí y allá, se asoman las magníficas gracias de su autor; cuando la prosa, salpicada de travesuras de toda índole, corre, fluida y límpida, por esas historias atrapantes..., bueno, ¿qué otra cosa mejor puede pretender un lector como yo, un lector que ama la literatura?

Sólo puedo sentir admiración y gratitud. Y éstos son mis sentimientos hacia Marco Denevi.[*]

[*] Marco Denevi, el menor de siete hermanos, nació el 12 de mayo de 1922 en Sáenz Peña, localidad de la provincia de Buenos Aires pegada a la ciudad del mismo nombre. Sus padres fueron Valerio Denevi, italiano, y María Eugenia Buschiazzo, argentina, hija de italianos.

Fue un hombre de integridad total, un hombre probo y honestísimo, de insobornable rectitud, que siempre dijo lo que le dictaba su conciencia.

Redactó en una sintaxis excelente, tuvo vasta y profunda cultura, sabía latín, no ejerció la demagogia, no se fingió un profeta angustiado, careció de codicia y de ansias de notoriedad. Las despiadadas y lucrativas sectas, autodenominadas “progresistas”, que suelen escribir en una prosa escolar, que monopolizan la literatura y que rigen los medios de comunicación en la Argentina intentan ignorarlo.

Sin embargo, junto con Borges y Cortázar, forma el triunvirato de los mejores narradores argentinos del siglo xx. Falleció el 12 de diciembre de 1998 en Buenos Aires.

El libro misceláneo *Salón de lectura* (1974) incluye un poema -a modo de profecía sobre sí mismo- de espléndidos endecasílabos, “Última voluntad”,

donde confluyen la ironía, el humor y la tristeza. Sus cuatro versos finales son dignos de toda recordación:

Lego mis huesos a los castos lirios
y mi memoria a los desmemoriados.
En cuanto a mi salvación, es suficiente
la sacra ceremonia del silencio.

Segunda parte

Posdata de agosto de 2006, con palinodias, correcciones y precisiones

Puedo calcular que escribí el artículo que acaba de leerse en el primer semestre del año 2002, pues por esa época se publicó -con las mil y una erratas posibles e imposibles: invirtiendo, juntando o separando párrafos, ignorando o inventando comillas y cursivas, eludiendo o agregando arbitrarios signos de puntuación- en el suplemento literario de cierto periódico del noroeste argentino de cuyo título no quiero acordarme: tan horrenda fue su reproducción, tan ineptos sus editores. Probablemente, el atónito lector de esas incoherencias habrá imaginado que el desdichado trabajo era obra de algún ser irracional.

Por fortuna -al menos para mí-, casi en seguida apareció la pulcra traducción al italiano que realizó Mario De Bartolomeis y que puede leerse en: <http://digilander.libero.it/osservletterdgl1/denevi.htm>

Mientras tanto, mi amigo Juan José Delaney -tan entusiasta de Denevi como yo mismo- continuaba, con vistas a la publicación de un libro, sus investigaciones sobre la vida y la obra de don Marco. Estos desvelos lo condujeron a algunos descubrimientos sorprendentes que, en vista de la antigua amistad que nos une, no tuvo inconveniente en comunicarme.

Como, naturalmente, el mérito de esos descubrimientos pertenece a Delaney y no a mí, correspondía esperar que apareciera su libro, para así tener yo derecho a revelar -de segunda mano, se entiende- algunas de esas informaciones.

El libro acaba de aparecer y sus señas son:

Delaney, Juan José, *Marco Denevi y la sacra ceremonia de la escritura. Una biografía literaria*, Buenos Aires, Corregidor, 2006, 244 págs.

Por lo tanto, no introduje, en mi antiguo artículo, ninguna modificación, y él aparece con, al menos, un dato impreciso y dos erróneos: ellos se han transmitido, desde siempre, de publicación en publicación, y sin que jamás Denevi hubiera interpuesto rectificación ni aclaración alguna.

Gracias al trabajo de Delaney, puedo ahora convertir en preciso el primero y en ciertos los dos siguientes:

- 1) Dato impreciso: el verdadero nombre de nuestro autor no era Marco Denevi sino Marcos Héctor Denevi (Delaney, *op. cit.*, págs. 22-23).
- 2) Dato erróneo número 1: Denevi no nació el 12 de mayo de 1922 sino el 13 de mayo de 1920 (*ibídem*).
- 3) Dato erróneo número 2: Denevi nunca obtuvo el título de abogado; entre 1939 y 1950 cursó la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, de la Universidad de Buenos Aires, y abandonó los estudios después de aprobar sólo seis materias (*idem*, págs, 34-35).

© *Fernando Sorrentino 2006*

Espéculo. Revista de estudios literarios. Universidad Complutense de Madrid

El URL de este documento es

<http://www.ucm.es/info/especulo/numero33/denevi.html>

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo